

9568

Nov. 21/65

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL LAUREL DE LA ZUBIA,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO.



MADRID: IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18. 1865.

L47 - 5534

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antaño.  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cruzador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.  
Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Cebizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calanidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empena un marido!  
Con razon y sin razon.  
Como se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo a cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catalina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Dendas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Barnardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está loca!  
En mangas de camisa.  
El que no cee... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El Biantrópico.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirifaque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.  
El oncenno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 3 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El besó de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El plan de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuarto se aquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfeciones.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano  
Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados...  
Los dos sargentos español  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Fernand o.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las queeras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Proestacion.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Carid id.  
La niña Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exotica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alegoria).  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicenta.  
La peor cuba.  
La choza del almadreno.  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
La agenda de Correlargo.  
La cruz de oro.  
La caja del regimiento.  
Las sisas de mi mujer.  
Llueven hijos.  
Las dos madres.  
Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbano.

EL LAUREL DE LA ZUBIA.

ENCUENADO EN UN TOMO

D. A. MARTÍNEZ

58/6

UN TOMO DE UNO

EL LAUREL DE LA ZUBIA.

MADRID

ENCUENADO EN UN TOMO

1888.



# EL LAUREL DE LA ZUBIA,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,  
ORIGINAL DE

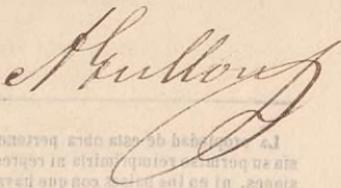
**D. ANTONIO HURTADO**

Y

**DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.**

Estrenado en el teatro del Príncipe el 4 de Marzo de 1865.

La escena pasa en las inmediaciones de la Zúbia  
en el año de 1807.



La propiedad de esta obra pertenece a sus autores y nadie podrá  
sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesio-  
nes, ni en los países con que haya concluido un tratado de comercio.  
Tales infracciones serán castigadas con la pena de prisión de tres  
años.  
Las comisiones de la Academia de Ciencias y Letras de Madrid y la  
Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Matemáticas y la  
Academia de Bellas Artes de San Fernando han acordado en  
nombre de sus respectivos señores académicos y de sus corporaciones  
que se les conceda el privilegio de esta obra.

**MADRID.**

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1865.

PERSONAJES.

ACTORES.

REINA ISABEL.....	D. <sup>a</sup> MATILDE DIEZ.
DOÑA BEATRIZ.....	SRA. DANZANT.
INÉS.....	STA. DIAZ.
SANCHO.....	SR. CATALINA.
DON PEDRO. ....	SR. <sup>o</sup> PIZARROSO.

Dos pajes.

---

La escena pasa en las inmediaciones de la Zúbia  
en el año de 1507.

---

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores; y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## Á LA SEÑORA DOÑA MATILDE DIEZ.

---

Dignese V. escudar con su nombre la pequenez de esta obra, escrita en brevisimas horas, y ser á la vez intérprete de nuestra gratitud cerca de los actores que con V. han tomado parte en su inmejorable ejecucion.

A. Hurtado. C. Nuñez de Arce.

### ESCENA PRIMERA.

Beatriz. Y bien, señor, ¿por qué me miras  
con esos ojos que parecen  
que voy a escaparme?

Señor. ¿Nada me  
pregunta, Beatriz? ¿no sabes  
cuando me miras así, que  
tienes un misterio en los ojos?  
El corazón me me atiendo  
algunos segundos de la vida,  
me siento un poco el alma  
y la de mi corazón se me  
que me miras así, que me  
y mi pulsera se me

Beatriz. No es lo que



## ACTO ÚNICO.

Casa rústica en las inmediaciones de la Zúbia. Puerta al foro, En primer término, y á la derecha una puerta. Á la izquierda una chimenea. Maviliario pobre de la época. Aparece Doña Beatriz hilando á la lumbre, y D. Pedro pensativo.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA BEATRIZ y D. PEDRO.

BEATRIZ. Y bien, señor; ¿qué me indica esa pena que os embarga?  
No hay esperanza?

PEDRO. Ninguna;  
ninguna, Beatriz del alma!  
Todos me dan al olvido!  
Todos me vuelven la espalda!  
El Cardenal no me atiende;  
tampoco el conde de Cabra,  
me tiene en poco el de Ureña,  
y ya el de Aguilar se cansa,  
que aunque su deudo, soy pobre,  
y mi pobreza le infama!

BEATRIZ No os lo dije?

PEDRO. Y qué remedio?

(Con sentimiento.)

No vuelvo mas á Granada.

BEATRIZ. Á haber escuchado un día.  
dueño y señor, mis palabras,  
ni os humillaran desdenes  
ni la miseria os cercara.

Mas vos lo arrojásteis todo  
del azar en la balanza,  
y dísteis con vuestra sangre  
la heredad de mis montañas.

PEDRO. Y qué hacer?... Noble he nacido,  
y quien tiene sangre hidalga,  
dar vida y hacienda debe  
cuando el rey se las reclama.

Llamóme el rey á esta guerra,  
acudí con mi mesnada,  
gasté en ella mi fortuna,  
mi vigor en las batallas,

si quien pagarme pudiera  
hoy me olvida y no me paga,  
prueba... no sé lo que prueba!...

ni averiguarlo hace falta!

El rey es sol de justicia,

á Dios en él se retrata,

le he servido como debo,

cumplí con él, y esto basta.

BEATRIZ Si; y en tanto vuestros hijos,

hijos son de la desgracia,

que no tienen en la tierra  
donde volver las miradas.

Inés...

PEDRO. Partirá á un convento.

BEATRIZ. Amándola Alonso Arias?

PEDRO. Qué hacer? Su padre se opone

á este enlace?...

BEATRIZ. Hija del alma!

PEDRO. Y fuera en nosotros mengua

acariciar esperanzas,

que á mí por pobre me humillan,

y á él por rico no le cuadran!

BEATRIZ. Y mi Sancho?

PEDRO. Irá á la guerra,  
que guerras hay en Italia;  
y quien hijo es de soldado  
bien es que á la guerra vaya.

BEATRIZ. Y nosotros?

PEDRO. Viejos somos,  
la muerte nos amenaza;  
pues hilo tiene esa rueca,  
id hilando la mortaja.

BEATRIZ. Tan cerrado está el camino  
de nuestro bien?

PEDRO. Si; ya es vana  
toda esperanza!

BEATRIZ. Dios mio!

PEDRO. Solo me queda mi espada,  
[rayo de gloria, que al soplo  
de mi desdicha se apaga!  
Uno de mis ascendientes,  
en la Rota de las Navas,  
la obtuvo del rey Alfonso  
en premio de sus hazañas.  
Rojizas manchas ostenta,  
manchas de sangre africana!  
Timbres de honor y de gloria  
que la ilustran y la esmaltan.  
Aun pienso que en ella humea  
la que en una tarde áciaga  
arrancó á una turba mora  
en esta misma comarca.  
Quiso ver la Reina un dia  
las torres de filigrana  
de ese encantado recinto  
que guarnece la Alpujarra,  
y de Santa Fé salieron  
en vistosa cabalgata,  
los mas bravos caballeros  
que allí por ella alentaban.  
Oh! qué dia! Bien me acuerdo!  
Los moros en algarada  
vinieron á nuestros campos  
buscando presa tan alta.  
Vano intento! Ante el peligro

de aquella fiera jornada,  
ni hubo corazón cobarde,  
ni hubo brazo que temblara.  
Tendió el de Córdoba, airado,  
sus ojos por la campaña,  
y al ver un laurel frondoso  
que en medio de ella se alzaba,  
gritóme con voz de trueno  
vibrando al aire su lanza:  
—Pedro Aguilar, á la Reina  
yo te la encomiendo, sálvala.—  
Oh! qué honor! Tomé las riendas  
del potro que ella guiaba,  
salvé la vasta llanura,  
escondila entre las ramas  
del laurel, y allí de hinojos  
vi á la Reina prosternada,  
gritando:—«Ampara á los míos,  
Señor Dios de las batallas!»—  
Llegó la fiera morisma,  
y asaltóme, ¡Empresa vana!  
que era mi espada en mi diestra  
ruda y sangrienta guadaña!  
Lo que hice allí... Dios lo sabe!  
Porque á la vez me alentaban,  
la Reina con sus clamores,  
Dios del cielo con su gracia.

BEATRIZ. ¡Ay, Pedro!

PEDRO. Vanos recuerdos!

De qué me sirven? de nada!  
Ni aun quiere el cielo que guarde  
ese blason de mi raza!

BEATRIZ. Pues qué pretendes?

PEDRO. Venderlo.

BEATRIZ. Vender esa espada santa!  
Esa ejecutoria ilustre

que vuestra nobleza ensalza!

PEDRO. La quiere el conde de Ureña;  
en mil ducados la paga!

Con ellos tendrán mis hijos,  
tocas Inés, Sancho armas.

BEATRIZ. Dios nos ampare!

PEDRO.

Es preciso.

¡Ni aun que comer hay en casa!  
No llores; porque si lloras  
me van á matar tus lágrimas.

## ESCENA II.

DOÑA BEATRIZ.

Tiene razon!... Callar debo;  
debo ocultar estas ánsias,  
que muestras la de flaqueza  
quien se abate en la desgracia!  
Soy su esposa!... Seré fuerte...  
fuerte... porque Dios lo manda,  
que él premia á quien se resigna  
y á quien se humilla levanta.  
Madre de los Macabeos,  
tú que débil, tú que anciana  
viste morir á tus hijos  
al rudo golpe de un hacha,  
préstame tu fortaleza,  
que tambien la suerte airada  
hoy contra mí se revuelve,  
y quiere con dura saña  
que pierda, ¡ay, triste! á mis hijos,  
los hijos de mis entrañas!

## ESCENA III.

BEATRIZ, INÉS y SANCHO.

SANCHO. Qué es eso?

INÉS

Qué teneis, madre?

SANCHO. Por qué llorando os encuentro?

BEATRIZ. No es nada. Sancho, ahí adentro  
te está aguardando tu padre.

SANCHO. Si no ha obtenido favor,  
comprendo el llanto, á fé mia.

BEATRIZ. Ay, Sancho! la suerte impia  
le ha tratado con rigor.

SANCHO. Con que no le han recibido?

BEATRIZ. Nadie esperanzas le ha dado,  
y ha vuelto el pobre soldado  
con el corazón partido.

INÉS. Ay, padre!

SANCHO. Como le ven  
tan pobre, de él se recatan:  
no le temen ya, y le tratan  
con orgulloso desden.  
Mas pese al rigor prolijo  
del hado, que así nos pierde,  
que he de hacer que alguien recuerde  
que tiene ese viejo un hijo.  
Su sangre noble heredada  
dentro de mis venas arde,  
que no ha nacido cobarde  
quien ha de llevar su espada.

BEATRIZ. Joya de tanto valer  
no será por tí esgrimida,  
porque esa espada querida  
la va tu padre á vender.

SANCHO. Qué decis?

INÉS. Desdicha fiera!

SANCHO. Pero es verdad?... Pierdo el seso!

BEATRIZ. Sancho, para hablarte de eso,  
dentro tu padre te espera.

SANCHO. Perder joya de tal ley!  
Verla pender de otros lazos!...  
Primero la haré pedazos  
á los pies del mismo Rey.

BEATRIZ. Sancho!

SANCHO. Me mata el dolor!  
Vender mi padre esa espada!  
Hoy mismo parto á Granada  
á decir al Rey:—Señor:  
mirad ese noble acero  
que fué de otro rey ofrenda;  
vedlo, es la única prenda  
que le resta á un caballero.  
De honor esplendente rayo,  
vengador de hartas injurias,  
fué el primero que en Asturias  
vibró altivo don Pelayo.

Tras una lid y otra lid,  
tras una y otra pendencia,  
brilló en Leon y en Valencia  
sobre la diestra del Cid.  
Siempre fué su resplandor  
funesto á la media luna:  
diganlo en nuestra fortuna  
campos de Caltañazor!  
Cuenten su fama gloriosa  
los que con bravos enojos  
contemplaron sus despojos  
en las Navas de Tolosa.  
Hable en su abono el laurel  
que regó sangrienta lluvia,  
cuando mi padre en la Zúbia  
salvó á la Reina con él.  
Y hable, en fin, el de Tendilla,  
que en su postrera jornada  
miró agitarse esa espada  
junto al pendon de Castilla.  
Ya veis, señor; viva luz  
derrama su ejecutoria:  
ella compendia la historia  
de los triunfos de la Cruz!  
Tras siete siglos de saña  
dominó á la raza mora,  
que en ella ¡oh Rey! se atesora  
la gloria entera de España.  
Su noble dueño se acuita  
en honda pena funesta.  
Mucho el venderla le cuesta;  
mas venderla necesita.  
Hambre tiene, tiene honor,  
nació noble, fué soldado,  
y como nadie ha premiado  
su lealtad y su valor,  
de la estrechez á la ley  
cede exhalando suspiros;  
pero yo vengo á deciros,  
tened esa espada, oh Rey!  
Venderla un pobre pretende:  
mas yo no quiero, señor,

que alhaja de tal valor  
se rompe mas no se vende.

#### ESCENA IV.

DICHOS y D. PEDRO.

PEDRO. Bien, Sancho! En ese trasporte  
muestras que mi sangre llevas;  
mas tambien con eso pruebas  
que no conoces la córte.

SANCHO. Padre!

PEDRO. Será vano afan!

SANCHO. Qué decis?

PEDRO. Si, todo en vano;  
entre tí y tu soberano  
los grandes se interpondrán.

SANCHO. Trabaré ruda batalla  
con ellos.

PEDRO. ¡Pobre de tí!

Calla, Sancho, y entra aquí.

SANCHO. Pero...

PEDRO. Resígnate y calla.

#### ESCENA V.

BEATRIZ é INÉS.

INÉS. La vende, madre, no hay, duda;  
la vende, madre, lo veo,  
que mas bien que sus palabras  
lo ha revelado su gesto.  
No hay esperanza?

BEATRIZ. Las tuyas  
puedes arrancar del pecho,  
que el importe de esa espada  
comprará tu cautiverio.

INÉS. Qué decis?

BEATRIZ. Tu padre quiere  
llevarte, Inés, á un convento.

INÉS. Ay, madre! Será matarme!  
no sabe que á Alfonso quiero?

- BEATRIZ. Su padre, rico villano,  
este enlace tiene en menos.
- INÉS. Pero si Alonso me adora,  
¿qué me importa ese desprecio?
- BEATRIZ. Importa mucho á tu padre,  
que aunque pobre, es caballero,  
y no sufrirá arrogancias  
de un miserable labriego.
- INÉS. Y por orgullo me mata?
- BEATRIZ. Inés, ofendes al cielo!  
Servir á Dios es matarte?
- INÉS. Ay! no, madre... si no es eso.  
Servir á Dios es la gloria;  
mas ¿cómo ganarla puedo,  
si he de tener en el alma  
constantemente el infierno?  
Vivir, y vivir sin verle!...  
amarle, madre, y perderlo!...  
dar este amor al olvido!...  
sepultarlo en el silencio!...  
no veros mas!... no abrazaros!...  
Oh! que me maten primero.
- BEATRIZ. Calla, Inés! Te has vuelto loca?
- INÉS. Si el amor nos roba el seso,  
loca estoy, madre del alma,  
que soy niña y amor tengo.
- BEATRIZ. Dios mio!
- INÉS. Sagrada Virgen! (Enajenada.)  
Virgen santa del Remedio!  
Vos que sin duda bajasteis  
hace dos tardes del cielo,  
y me hablasteis en la fuente,  
en la fuente del Abeto,  
mirad si en vos me confío,  
que á voces estoy diciendo:  
—Amparadme, madre mia,  
que aunque es grande mi tormento,  
si vos llegais en mi ayuda  
tendrán mis penas consuelo!—
- BEATRIZ. Pero qué dice? Dios mio! (Con inquietud.)  
Hija! Inés!
- INÉS. No tengais miedo.

BEATRIZ. Loca estás!

INÉS. Razon me sobra;  
mas recobrad el sosiego,  
que de esta oracion que os pasma  
os aclararé el misterio.

BEATRIZ. Habla!

INÉS. Atended. Há dos tardes  
que por dar á padre alientos  
nos fuimos á despedirle  
Sancho y yo, lejos... muy lejos.  
Iba el buen viejo á Granada  
acariciando deseos;  
pero en su faz se pintaban  
el temor y el desaliento.  
Mirábame á cada paso  
de tal manera, que creo  
que mas de una vez mis ojos  
sentí de lágrimas llenos.  
—Qué teneis, padre, le dije?  
—Hija, no sé lo que tengo;  
pena me causa mirarte,  
pues si como voy me vuelvo,  
tendremos que separarnos  
para no volver á vernos.  
Calló, y callé estremecida  
no sé qué angustias sufriendo,  
que helada sentíme toda  
con la frialdad de los muertos.  
Llegamos junto á una fuente;  
mi padre dijo: — volveos! —  
Callamos; nos dió sus brazos,  
y estampó en mi frente un beso.  
Siguió con él Sancho un poco;  
yo quedé solo un momento,  
y cayendo de rodillas  
pedí á la Virgen consuelo.  
De pronto sentí rüido  
cerca de mí; me alzo y veo  
junto á mi lado una dama  
qué era de un ángel remedo.  
Faz hermosa, ojos azules,  
claros como dos luceros,

mejillas de nieve y rosas,  
de seda y oro el cabello.  
Cogióme por una mano,  
me estrechó contra su pecho,  
y me dijo:—¿Por qué lloras?  
En qué complacerte puedo?—

BEATRIZ. Madre de Dios!

INÉS. Era ella,  
sí; que al par me lo advirtieron  
la belleza de su cara  
y el perfume de su cuerpo.  
Pensé morir de espanto,  
arrodilléme de nuevo,  
mas ella me alzó en sus brazos,  
y dió vigor á mi acento.

BEATRIZ. Y qué? (Con ansiedad.)

INÉS. Contéle la historia  
de nuestros males acerbos,  
y al escucharla, sus ojos  
dulces lágrimas vertieron.

BEATRIZ. Virgen santa!

INÉS. Llegó Sancho;  
se alzó presurosa al verlo,  
y tendiéndonos las manos,  
que besamos con respeto,  
murmuró con voz solemne:  
—Volveré muy pronto á veros.  
Tened fé; Dios no abandona  
á los que viven gimiendo.—  
Dijo, y volviendo la espalda  
envuelta en su largo velo,  
se fué alejando... alejando...  
tan dulcemente, que pienso  
que cuando tristes mis ojos  
su imágen santa perdieron,  
fué porque entre nubes de oro,  
como columna de incienso,  
cruzó el azulado espacio  
llevada en alas del viento.

BEATRIZ. Recemos, Inés!... Mas calla!  
tu padre sale, silencio.

ESCENA VI.

DICHOS, SANCHO y D. PEDRO, con la espada en la mano.

PEDRO. Estás convencido, Sancho?

SANCHO. Si, padre, estoy satisfecho.

PEDRO. Ya ves que no es por mi culpa  
si de ella te desheredo.

(Con profundo desaliento.)

Hoy no hay pan en esta casa,  
mañana no lo tendremos,  
tu hermana no tiene dote,  
y á tí te faltan arreos  
de campaña.

SANCHO. Basta, padre: (Con triste resolución.)  
iré.

PEDRO. Sacrificio inmenso  
es el que te impongo, Sancho,  
mas ya ves que yo no puedo,  
pues pienso que ante el de Ureña  
cayera al dársela muerto.  
Mi amiga ha sido en la guerra,  
mi esposa en los campamentos.  
Siempre durmiendo á mi lado!  
Siempre ceñida á mi cuerpo!  
Ay! si juzgo que mi honra  
con aquesta espada vendo!  
Tómala, Sancho, hijo mio,  
y que Dios premie mi esfuerzo,  
que esfuerzo se necesita  
para perder lo que pierdo.  
Contigo se va mi gloria!  
Recibe mi último beso,  
y Dios quiera que te honre  
aquel que será tu dueño.

SANCHO. Padre!

INÉS. Señor!

BEATRIZ Pedro mio!

PEDRO. Hijos, callad; no hay remedio!  
Dios lo quiere! Ven, Beatriz;  
que estoy de dolor muriendo.

ESCENA VII.

SANCHO é INÉS.

SANCHO. Ya lo ves, hermana mía!  
Esto es hecho. Quiso Dios  
que nacióramos los dos  
en hora aciaga y sombría.  
Tú ves morir en un día  
la ilusion de tus amores.  
Y aumentando sus rigores  
quiere la suerte que venda  
este acero... ¡Única prenda  
que aun queda de mis mayores!  
Noble espada vencedora  
que en tanta y tanta jornada,  
nunca te viste empañada  
sino con sangre traidora.  
¡Quién creyera que en mal hora,  
tú, que hondo surco y salida  
abriste en la lid reñida,  
cual hoz cortante en las mieses,  
por todo premio te vieses  
como una esclava vendida!

INÉS. Templá tu dolor...

SANCHO. No puedo.  
Por mas que lucho y me afano  
siento, al cogerla en la mano,  
no sé si vergüenza ó miedo.  
Yo tambien con mi denuedo  
honrarla un tiempo creí.  
Mas no lo ha querido así  
mi ingrata y fatal estrella,  
y hoy juzgo que yendo en ella  
la sangre que corre en mí!  
Extíngase en tí la historia  
de nuestra antigua grandeza;  
que el hogar de la pobreza  
no es el templo de la gloria.  
Adios, insigne memoria:  
de mí el dolor te rechaza!  
Adios! contigo se enlaza

de un gran linaje el recuerdo,  
y sé que al perderte, pierdo  
los blasones de mi raza.

INÉS. Oh! no mas, hermano mio!

Lleva con ánimo fuerte  
la inclemencia de la suerte  
y el rigor del hado impio.

Asi desmaya tu brio  
en la afliccion y el pesar?

El timbre que vas á dar  
de nuevo el valor alcanza,  
y yo pierdo una esperanza  
que no volveré á encontrar.

SANCHO. Ay, Inés, tienes razon!

Quiero seguir tu consejo,  
que inútilmente me dejo  
dominar por la afliccion.

INÉS. Con triste resignacion  
mi frente al dolor inclino.

Siganos nuestro camino  
de espinas...

SANCHO. No puede ser (Con resolución.)

que me enseñe una mujer  
á luchar contra el destino.

Basta. ¡No mas cobardia!

Con justicia me sonrojas,  
que al lado de tus congojas  
esta pena es alegria.

Oh! espada! tú serás mia!

Pues á jurarte me atrevo  
que si hoy llorando te llevo  
vendida á manos ajenas,  
con la sangre de mis venas  
sabré comprarte de nuevo.

## ESCENA VIII.

INÉS.

El cielo ponga remedio  
á las ansias que te abruma,  
y aun á costa de las mias

calme las zozobras tuyas.  
Toda tu gloriosa estirpe  
en tí se subleva y lucha  
contra el rencor implacable  
de nuestra infausta fortuna.  
¡Tú puedes luchar!... Yo solo  
puedo en eterna clausura  
dar libre rienda á mi llanto  
y á mis ilusiones tumba.  
Allí acabará mi vida,  
cual flor agostada y mustia;  
pero no este amor que abrigo,  
que no ha de acabarse nunca.  
Ay, señor! cuando á tus plantas  
llore acongojada y muda,  
perdona si otro recuerdo  
mi oracion profana y turba.  
¡Solo tú puedes salvarme,  
santa aparicion augusta  
que en la fuente del Abeto  
no fuiste sorda á mi súplica!  
Acórreme en mi quebranto,  
que te espero en mi amargura,  
con el afan con que espera  
el campo seco la lluvia.

### ESCENA IX.

INÉS y la REINA seguida de dos pajes, que se retiran á una señal, sin que Inés lo advierta.

INÉS. Ah! qué veo! Compasiva  
llegais hasta mí!

REINA. En tu ayuda  
ofrecí venir, y es justo  
que al fin mi promesa cumpla.

INÉS. Bendita seais mil veces,  
(Con religiosa admiracion.)  
Madre de Dios, que en la altura  
acogeis á los que lloran  
y afirmáis á los que dudan!  
Oh! mirad mi incertidumbre!

Quién sois? mi fé os lo pregunta,  
que en hondo recogimiento  
cae á vuestros pies confusa.

(Hincándose de rodillas.)

REINA. Niña inocente, levanta.

La fé tu razon ofusca.

Mortal soy que el alterado  
mar de la existencia surca.

Ven y sosiega en mis brazos  
tu inquietud viva y profunda.

Dime, ¿qué pesar te agobia?

¿Por qué tus ojos se anublan?

INÉS. Ved si pueden ser mayores

las penas que nos abruman,  
que hoy manda Dios á mi casa

todas las desdichas juntas.

Mi padre vende su espada:

que á tal extremo le impulsa

la estrechez que le sujeta

y sus méritos injuria.

REINA. Vender su espada un soldado!

Mal haya, amen, la fortuna

que así le postra!

INÉS. Y mi dote

será la mísera suma

que obtenga...

REINA. Vas á casarte?

INÉS. Van á abrir mi sepultura.

Estrecha celda me espera.

REINA. Tienes vocacion?

INÉS. (Con pena.) Ninguna.

Soy pobre! este es mi delito.

REINA. ¿Tiranas leyes te juzgan!

Y amas acaso?

INÉS. Señora,

viendo mi afan ¿quién lo duda?

REINA. Será honrado?

INÉS. De otro modo,

le amara?

REINA. Quizás rehusa!...

No te quiere?

INÉS. (Apasionadamente.) Con el alma!

- REINA. Podrás olvidarle?  
INÉS. Nunca!  
REINA. Y quién se opone á tu dicha?  
INÉS. Los respetos de mi cuna.  
REINA. Grandes son! Segun parece  
es rico?  
INÉS. Tiene tres yuntas.  
REINA. Y tú?  
INÉS. Ni un rincon de tierra  
(Con el mayor desaliento.)  
en donde labrar mi tumba!  
REINA. Por Dios que con tus mayores  
ha sido la suerte injusta!  
Escasa tierra alcanzaron  
y ellos conquistaron mucha!

### ESCENA X.

DICHAS y BEATRIZ.

- INÉS. Venid, madre! Esta es la dama  
que en la intrincada espesura  
del bosque, junto á la fuente,  
puso término á mi angustia.  
BEATRIZ. Ah! (En actitud de arrodillarse.)  
REINA. Deteneos. No quiero  
que vuestra fé se confunda,  
y dé crédito á los sueños  
de esta alma inocente y pura.  
BEATRIZ. No sé... (Confundida.)  
REINA. Perdonad si acaso  
mi llegada os importuna;  
que el amor de Inés me sirve  
de ocasion y de disculpa.  
INÉS. Disculparos vos, señora,  
cuando en tanta desventura  
sois el único consuelo  
que mis pesares endulza!  
Oh! miradla, madre mia!  
miradla! Su rostro anuncia  
felicidad y contento...  
Sabe que lloro y me busca!

BEATRIZ. Ay! Dios os premie en el cielo  
el bien que haceis!...

REINA. (Conmovida.) Y él destruya  
á quien mire empedernido  
el mal ajeno, y no sufra!  
Sois del de Aguilar esposa?  
Hablad.

BEATRIZ. Su nombre me escuda.

REINA. Honor y honrada defensa  
os dará la sombra suya,  
que es un bravo caballero.  
Recuerdo que aquí, en la Zúbia,  
salvó la vida á su reina  
contra la morisca elusma.

INÉS. Sabeis tambien?...

REINA. Quién no sabe  
sus gloriosas aventuras?

BEATRIZ. Quizás las ignora solo  
quien puede prestarle ayuda.  
Él, cumpliendo como bueno,  
con su generosa alcurnia,  
en defensa de su patria  
arriesgó vida y fortuna,  
Y hoy abandonado, triste,  
cercano á su edad caduca,  
la ingrata patria le olvida!...

REINA. La patria no olvida nunca!  
Páginas hay en su historia  
que á las edades futuras,  
trasmitan los altos hechos  
de los hijos que la ilustran.  
Y reyes hay en la tierra  
que los amporen y acudan,  
si la suerte los maltrata  
y orgullosos no se ocultan.

BEATRIZ. Y quién se acerca á los reyes?  
Quién? Su resplandor deslumbra.

REINA. En la paz, los que estuvieron  
al lado suyo en la lucha  
Que si se esconden y apartan  
donde nadie los descubra,  
no han de responder los reyes

- de lo que no tienen culpa.
- BEATRIZ. Ellos, como el sol, debieran llegar...
- REINA. Loco está el que busca la luz del astro del día, viviendo en la noche oscura.
- BEATRIZ. (Su dignidad me suspende... no acierto...)

### ESCENA XI.

DICHOS, y D. PEDRO en el umbral de la puerta de la derecha, dudoso y sorprendido.

PEDRO. Esa faz augusta...  
Ah! dejad que á vuestras plantas  
postre mi frente desnuda.  
(Postrándose á los pies de la Reina y descubriéndose.)

REINA. Alzad. (Levantándole.)

BEATRIZ. (No sé qué pensar...) (Inquieta.)

PEDRO. Venid é hincad la rodilla,  
que hoy la Reina de Castilla  
honra nuestro pobre hogar.  
(Beatriz é Inés se arrodillan, llenas de asombro.)

La magnánima Isabel,  
que tras una y otra hazaña  
lanzó por siempre de España  
á los hijos de Ismael.

La que en la paz y en la guerra  
tanto fatigó la historia,  
que no cabiendo su gloria!  
en la amplitud de la tierra,  
con firme resolucion  
y genio audaz y profundo,  
para descubrir un mundo  
tendió su diestra á Colon.

REINA. Alzaos.

INÉS. Dejad, señora,  
que humilde perdon demande  
á la que siendo tan grande  
con los desvalidos llora.  
¡Señor, mis ánsias bendigo!

Qué otro bien me podeis dar,  
decid, si he visto llorar  
á una gran Reina conmigo?  
No en vano cifraba en vos  
mi esperanza y mi alegría!  
Secreta voz me decia  
que erais la imágen de Dios.

BEATRIZ. (Confundida.) Ay! ignoro si ofenderos  
con mi ignorancia he podido...

REINA. Ya veis, Beatriz, que no olvido  
á mis fieles caballeros,  
y que desciendo á la aldea  
cuando ellos huyen de mí.

PEDRO. Señora!...

REINA Mas cerca os ví  
en los campos de pelea.  
Contra la huesta enemiga  
marchábais siempre á mi lado.

PEDRO. Hoy no consiente mi estado  
que os acompañe y os siga.  
Soy pobre!

REINA. No importa nada.

PEDRO. Mi porte humilde y sencillo  
no diera á la córte brillo.

REINA. ¡Harto la dió vuestra espada!

PEDRO. Disimulad mi franqueza;  
pero en la córte no puedo  
serviros...

REINA. Qué! teneis miedo?

PEDRO. Tengo miedo á mi pobreza!  
Que es la miseria un abismo,  
tumba del mejor linaje.

REINA. No usabais ese lenguaje  
en la guerra...

PEDRO. No es lo mismo.  
Quien mas se arriesga y atreve  
en la militar contienda,  
lleva en su sangre la hacienda  
que al rey y á su patria debe.  
No le ofende allí jamás  
la grandeza del magnate;  
que allí el que mejor combate

es mas rico y vale mas.  
Pero la córte me aterra,  
que nada puedo ofreceros...

REINA. Es decir que para veros  
tendré que estar siempre en guerra?

Ya que la paz os enfada,  
siempre dispuesto estareis  
á lidiar. ¿No me direis  
por qué os miro sin espada?  
Esa espada victoriosa  
que á un caballero tan bravo  
como vos, dió Alonso octavo  
en las Navas de Tolosa?

PEDRO. (Ay de mí!)

REINA. Qué hicisteis de ella?

Mostradla.

PEDRO. (Dolorosamente.) No puede ser,  
que me la obligó á vender  
mi desventurada estrella.

REINA. Y á mí no habeis acudido  
antes?... (Con cariñosa reconvençion.)

PEDRO. (Desesperado.) ¡Ya veis lo que pierdo!

REINA. Bien haya el santo recuerdo  
que á la Zúbia me ha traido!

No le podreis olvidar,  
porque en aquella jornada  
amparo me dió esa espada...  
que es preciso rescatar.

El cielo oyó mi oracion,  
y huyó el alárabe, roto.

Hoy vengo á cumplir el voto  
que hice en aquella ocasion.

Levantar quiero un convento  
en esta campiña agreste,  
donde adoracion se preste  
al señor que nos dió aliento.

Donde aprendan los que en pos  
nos sigan, cómo se enlaza  
la gloria de nuestra raza  
al santo nombre de Dios.

Y nunca olviden que fué  
gérmen del noble heroismo,

que dilató á un tiempo mismo  
nuestra patria y nuestra fé.

ESCENA XII.

DICHOS y SANCHO, ciego de cólera, sin reparar en la Reina.

SANCHO. Padre, la suerte se empeña  
en matarme!

PEDRO. No estás viendo?...

(Procurando llamar la atencion de Sancho hácia la  
Reina.)

SANCHO. (Sin hacerle caso.)

Vuestras órdenes cumpliendo,

llegué á casa del de Ureña.

No estaba, pero un doncel

me dijo en tono altanero:

—Vais á vender ese acero?

poco dig no sereis de él.—

Entonces, no sé, señor,

qué es lo que pasó por mí.

PEDRO. Sancho! (Con inquietud.)

SANCHO. No sé si sentí

ira, vergüenza, ó dolor.

PEDRO. Oh, calla! (Cada vez mas inquieto.)

REINA. Dejadle hablar,

que sus palabras dan gozo.

Es bravo! Teneis un mozo

que pienso que os ha de honrar!

SANCHO. (Sorprendido.) Ah! perdonad... ¿Aqui vos?

REINA. Sigue.

SANCHO. Valióle el seguro

del palacio; pero juro

que hemos de vernos los dos.

Aunque la tierra le oculte,

le mataré.

REINA. Fiero estás!

SANCHO. (Á su padre.) Y no me mandeis jamás

donde ninguno me insulte.

que el soportarlo es mancilla

indigna de mi linaje.

PEDRO. Ven, hijo presta homenaje

á la Reina de Castilla,

- La Reina! (No vuelvo apenas de mi asombro!) Si ofender os pude... (Arrodillándose.)
- REINA. Bien dejas ver la sangre que hay en tus venas. Mundo abriré á tu ambicion donde ilustres tus blasones, defendiendo los pendones de Castilla y de Aragon.
- BEATRIZ. Hijo! (Atrayéndole con ternura hácia sí.)
- REINA. Esa espada está en venta?
- PEDRO. Advertid... (Tomándola de manos de Sancho.)
- REINA. Mirad si acaso vale algo mas. Yo la taso en mil doblones de renta. Probada está en el crisol del combate, y me parece que ese acero resplandece con el honor español.
- SANCHO. Quién, señora, al escuchar esa voz que el alma inflama, su sangre audaz no derrama por su Reina y por su hogar? Juro que no viviré en el ócio y el regalo. Mi pariente don Gonzalo manda en Italia. Allí iré! y con generoso afan á cuantos no os rindan feudo, les haré ver que soy deudo, deudo del Gran Capitan!
- PEDRO. Parte! Yo te lo consiento.
- REINA. (Á Inés.) Tú, que hondas quejas exhalas, dispon tus nupciales galas, pues ya no vas al convento. No desmerece tu amor por rústico, si es honrado, que tanto como el soldado sirve al rey el labrador. Con ambos la patria vive, y es justo que como ofrenda

- el soldado la defienda  
y el labrador la cultive.
- INÉS. Oh, no en vano el día aquel  
que ese acero conmemora,  
os acogisteis, señora,  
á la sombra de un laurel!  
Grande sois....
- BEATRIZ. Mi rostro empaña  
el llanto!
- INÉS. Madre querida! (Abrazándola.)
- BEATRIZ. { Hijos del alma! (Abrazándolos.)
- PEDRO. {
- REINA. Mi vida,  
(Mirándolos con enternecimiento.)  
mis bienes, todo es de España!
- PEDRO. Quiera Dios, si tan secretos  
sentimientos se transmiten,  
que otros reyes os imiten.
- REINA. Eso harán si son mis nietos.  
En mi tranquila conciencia  
veo, á través de la historia,  
reproducida mi gloria  
en mi augusta descendencia!  
(Tomando la espada de manos de D. Pedro.)  
Aquí la espada teneis,  
Sancho. Doblád la rodilla.  
Os la entrego sin mancilla:  
mirad cómo la volveis.  
Prenda de reyes fué un día!  
despues, de súbditos!... Ella  
la union sacrosanta sella  
del pueblo y la monarquía!  
Que en su hoja de buena ley  
las manchas descubro y hallo  
de la sangre del vasallo  
y de la sangre del rey.  
Con su auxilio, altivo y fuerte,  
hemos sabido adquirir  
tierra propia en que dormir  
el gran sueño de la muerte.  
Y merced á los fulgores  
que despidió en mil campañas,

no turban plantas extrañas  
la paz de nuestros mayores.  
Ella fué nuestro sosten,  
cuando sola y fugitiva,  
lloraba España cautiva,  
cual otra Jerusalem!

Noble y victoriosa espada!

Por tí tremolar he visto  
la santa enseña de Cristo  
en las torres de Granada!

Y por tí la hueste mora,  
rotas ya nuestras cadenas,  
gime en las secas arenas  
de la Libia abrasadora.

Por tí, surcando los mares  
Colon, con mano cristiana  
levanta en la playa indiana  
á Dios y á la patria altares.

Y por tí, que vas en pos  
de la fé, mi pueblo tiene  
desde el Estrecho al Pirene  
un Rey, una patria, un Dios!

FIN.

---

*Habiendo examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.*

*Madrid 2 de Marzo de 1865.*

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.



Marta y María.  
Madrid en 1818.  
Madrid á vista de pájaro  
Miel sobre hojuelas.  
Mártires de Polonia.  
¡¡María!! ó la Emparedada.

Negro y Blanco.  
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.  
Nobleza contra nobleza.  
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.  
Pescar á río revuelto.  
Por ella y por él.  
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.  
Por la puerta del jardín.  
Poderoso caballero es D. Dinero.  
Pecados veniales.  
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.

¡Que convidó al Coronell.  
Quien mucho abarca.  
¡Que suerte la mía!  
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvó el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid*).  
Sueños de amor y ambición.  
Sin prueba plena.  
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, infonso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuración femenina.  
Un dómíne como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco

Uno de tantos.  
Un marido en suerte.  
Una lección reservada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocación.  
Un retrato á quemarropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una raposa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una lección de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una lección de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.  
¡Un regicida!  
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
Armas de buena ley.  
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.  
Cupido y Marte.  
Céiro y Flora.

D. Sisenando.  
Doña Mariquita.  
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.  
El doctrino.  
El ensayo de una ópera.  
El calesero y la maja.  
El perro del hortelano.  
En Ceuta y en Marruecos.  
El león en la ratonera.  
El último mono.  
Enredos de carnaval.  
El delirio (drama lírico.)  
El Postillon de la Rioja (*Música*)  
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitán español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.  
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música*).  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música*).  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estatua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Yoco de amor y en la corte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.  
Los herederos.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música*).

Nadie se muere hasta que Dios quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.  
Por sorpresa.  
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered.de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.....	Tejeda.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquadano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.